

*mitáis á vuestro siervo morir en paz, porque ya mis ojos han visto la salud que viene de Vos, la luz que será revelada á las gentes y la salvación de Israel, vuestro pueblo.»*

El santo anciano bendijo á María y á José, é ilustrado por divina inspiración, profetizó lo siguiente, dirigiéndose á María: «*Ese Niño, que está en el mundo para la perdición y salvación de muchos en Israel, será puesto y tenido como una señal de contradicción á fin de descubrir lo que gran número de hombres tienen oculto en el fondo de su corazón; y vos misma, que sois su madre, sentiréis vuestra alma traspasada con una espada.»*

Había también en el mismo Templo una profetisa llamada Ana, hija de Fanuel, la cual por su estado era viuda y tenía cuarenta años de edad. Después de la muerte de su marido, con quien ella se había casado permaneciendo virgen, se encerró en el Templo, y, sin salir jamás de él, pasaba todos los días y noches ejercitándose en el ayuno y entregada á la oración. Ella, con su alma pura, tuvo también la dicha de ver la hermosura de Jesús, y de alabarle igualmente, predicando las glorias de este Niño á todos los que esperaban la redención de Israel.

Después de esto, y cumplido todo lo que la Ley mandaba, el ángel del Señor se apareció en sueños á José y le mandó huir á Egipto, porque Herodes buscaba el Niño para matarle. Obedeció José sin dilación, y mientras que Jesús se libraba así de la muerte, Herodes, enfurecido é informado de

que los Magos habían regresado á su patria por otro camino, sin darle noticia del lugar en que estaba Jesús, tomó la cruel resolución de hacer matar á todos los niños de dos años que se encontrasen en Belén y sus cercanías.

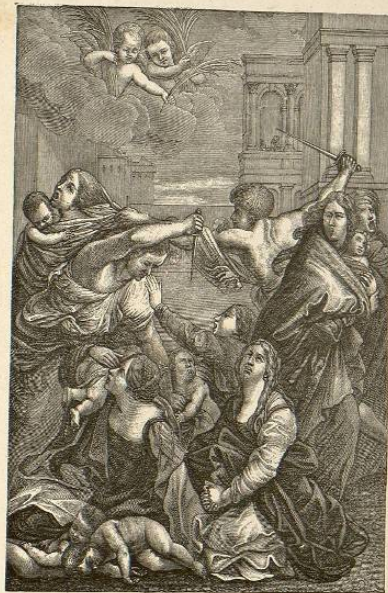


Lámina 26.—La degollación de los inocentes.—Cuadro del Guido, en el museo de Bolonia, del siglo XVII.

Murió Herodes algunos años después de haber cometido tan bárbaro crimen, y entonces José, advertido nuevamente por el ángel durante el sueño, como lo había sido antes, se volvió, en compañía del Niño y de la madre, á Israel; y porque

Arquelao, hijo de Herodes, reinaba todavía en Judea, no se determinó á visitar de nuevo este país, sino que se estableció en Nazaret de Galilea, guiado al efecto de inspiración divina. Esa era la voluntad de Dios, á fin de que quedasen cumplidas aquellas palabras : « *Yo he llamado á mi hijo del Egipto;* » y estas otras : « *Él será llamado Nazareno.* »

El Evangelio no refiere más que un solo hecho de la infancia de Jesús; el que ocurrió á consecuencia de haberle llevado sus padres á Jerusalén á la edad de doce años para la celebración de la Pascua. Cumplido por la Sagrada Familia este precepto, José y María salieron del Templo para regresar á Nazaret, y el Niño se quedó en la ciudad. Por efecto de la separación de hombres y mujeres que debía guardarse en las ceremonias y peregrinaciones religiosas, se pasó todo un día sin que José y María notaran la falta de su Hijo, creyendo el uno que iría en compañía del otro. Advertida tan sensible pérdida, volvieron sus padres á la ciudad, y, buscándole llenos de amor y celo, vieron pasar tres días, sin poder encontrarle; pero al fin, con grande alegría de su alma, le hallaron donde él debía estar, que era en el Templo, sentado en medio de los doctores, preguntándoles y escuchándoles, y manifestando delante de ellos una sabiduría tan grande, que les tenía suspensos y llenos de admiración. Al verle su madre, le dijo : « *Hijo mio, hé ahí que tu padre y yo, sumamente afligidos, hemos estado buscándote. ¿Por qué te has conducido así con nosotros?* » Á lo que él res-

pondió : « *¿Por qué vosotros me buscabais? ¿No sabiais que era preciso que yo me ocupase en las cosas que se refieren al servicio de mi Padre?* » José y María no comprendieron á qué servicio hacía relación su Hijo; pero su madre, sin embargo, guardaba con sumo cuidado el recuerdo de todo esto. Seguidamente el Niño fué con sus padres á Nazaret, y allí permanecía obediente á ellos, creciendo en tanto en gracia y en edad delante de Dios y de los hombres.

El hijo de Zacarías y de Isabel se había retirado desde su infancia al desierto, y allí llevaba una vida penitente y mortificada, cubierto de un cilicio, entregado á la oración y al ayuno, y pasando los años en esta soledad, como Jesús los pasaba en la oscuridad de Nazaret, y en ese género de vida permaneció hasta la edad de treinta años, esperando así las órdenes de Dios para principiar su manifestación pública.

Por fin, hacia el año quince del imperio de Tiberio César, la palabra del Señor se hizo oír en Juan, hijo de Zacarías, según lo que había sido predicho por el Profeta : « *Hé aquí que yo envío mi ángel ante vuestra presencia para preparar los caminos delante de vosotros.* » Y lo que también se anunció en otra parte : « *Yo soy la voz que clama en el desierto : Preparad el camino del Señor y allanadle sus sendas.* »

Juan comenzó, pues, á predicar en el desierto de Judea y en las riberas del Jordán; bautizaba y predicaba el bautismo de penitencia que debía preparar los hombres á recibir el perdón

de los pecados, y al efecto clamaba de esta manera : «*Haced penitencia, porque el reino de los cielos se aproxima.*» Reprendía además severamente la hipocresía de los fariseos y la

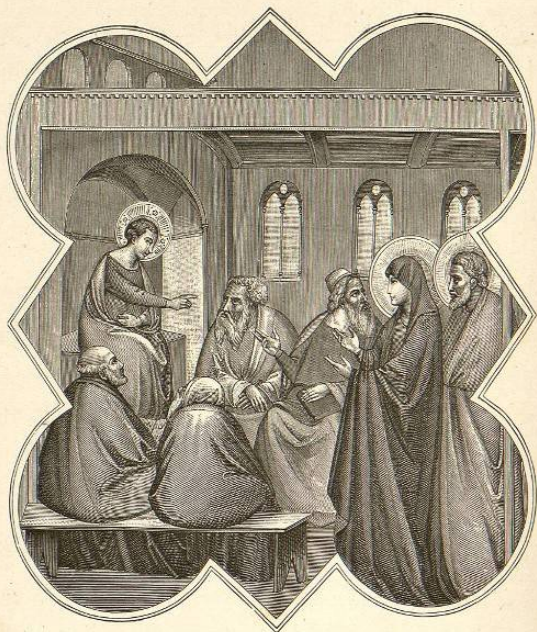


Lámina 27.—Jesús entre los doctores.—Fresco de Giotto, en la galería de Florencia, del siglo XIV.

impiedad de los saduceos, que se hallaban mezclados entre la multitud de gente que acudía á él, y les llamaba : «*Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado á precipitar el día de la cólera? Haced frutos dignos de penitencia; de nada sirve*

*que digáis que vuestro padre es Abraham, porque yo os digo en verdad que aún de estas piedras Dios puede sacar hijos de Abraham; ya el hacha está puesta á la raíz del árbol, y todo árbol que no produzca buenos frutos será cortado y arrojado al fuego.*»

Estos llamamientos y exhortaciones, confirmados por una vida tan santa y tan ejemplar, y por el recuerdo del milagroso nacimiento de Juan, conmovían toda la Judea, y de todas las partes de la misma acudían multitud de gentes á oír al predicador de la penitencia; y llenos de arrepentimiento, confesaban sus pecados y pedían á Juan las enseñase todo lo que era necesario hacer para prepararse á recibir el bautismo. Juan recomendaba á todos la observancia del precepto de la limosna: «*Aquel de entre vosotros, les decía, que tenga dos vestidos, vista al que no tiene ninguno, y el que tiene con que alimentarse procure dar de comer al que carece de ello.*» Y á los publicanos, que estaban encargados de cobrar los tributos, les decía : «*No exijáis más de lo que es justo y la ley prescribe;*» y dirigiéndose á los soldados, les ordenaba: «*que no usaran nunca de violencia, que no acusaran á nadie falsamente y que estuvieran contentos cada uno con su salario.*»

El pueblo, viendo señales tan extraordinarias en Juan, se persuadió al momento que él era el Cristo que esperaba. Él decía á los que le escuchaban : «*Yo os doy un bautismo de*

*agua, á fin de que os resolváis á hacer penitencia; pero Aquel que ha de venir después de mí es más poderoso que yo, hasta el punto de que yo no soy digno ni aún de postrarme delante de Él para desatar la correa de su calzado; y Él será quien os dará el bautismo del Espíritu Santo y del fuego. Entre sus manos tiene la criba, y Él limpiará la parva y amontonará el trigo en su granero, así como arrojará la paja al fuego que no se extingue jamás.»*

Jesús subió de Nazaret para ser bautizado, y se presentó á Juan sobre las riberas del Jordán entre una multitud de pecadores que buscaban la Ley de Dios. No consta en parte alguna que antes de este tiempo Juan, que habitó en el desierto desde su infancia, hubiese visto jamás al Hijo de María, y, sin embargo, le conoció al momento por una inspiración que iba á ser prontamente confirmada por medio de un milagro visible. Juan rehusaba bautizar á Jesús, y se excusaba diciendo: «*¡Yo soy el que debía recibir el bautismo de Vos, y Vos venís á mí para que os bautice!*» Jesucristo le contestó con estas palabras: «*Hazlo, sin embargo, pues conviene que cumplamos así toda justicia;*» y entonces Juan le bautizó.

Mientras que Jesús oraba al salir de las aguas del Jordán, repentinamente se abrieron los cielos, y el Espíritu Santo, en figura de paloma, bajó y se paró sobre Jesús, saliendo al mismo tiempo una voz del cielo que decía: «*Tú eres mi Hijo muy amado.*»

Al momento se retiró Jesús al desierto, en donde permaneció cuarenta días y cuarenta noches, viviendo entre las bestias y permitiendo ser tentado por Satanás; bien sea que la tentación durase todo ese tiempo, ó que el Hijo de Dios no permitiese llegara á él hasta después del ayuno tan prolongado, la verdad es que el Evangelio refiere claramente que fué tentado por tres veces.

Cuando Jesús quiso sentir en sí los efectos del hambre, Satanás se acercó á él y le dijo: «*Si eres el Hijo de Dios, manda que estas piedras se conviertan en pan;*» á lo que Jesús le respondió: «*Escrito está que el hombre no vive de sólo pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.*» Rechazado Satanás por estas palabras de absoluta confianza que en la Providencia debe tener el hombre, intentó á su vez encontrar en la Escritura y en la confianza divina una arma de nueva tentación; al efecto guió á Jesús sobre el pináculo del Templo, y allí le dijo: «*Si eres el Hijo de Dios, arrójate abajo, porque escrito está que Él ha encargado á los ángeles de tener cuidado de ti, y, por consiguiente, ellos te llevarán entre sus manos para evitar que tu pié tropiece contra las piedras;*» á lo que Jesús contestó: «*También está escrito: No tentarás al Señor tu Dios.*»

Vencido segunda vez Satanás, hizo todavía un último esfuerzo para lograr sus inicuos designios; y al efecto, transportó á Jesús sobre una alta montaña, de donde, como por encanto,

le hizo ver en un instante todos los reinos del mundo y su pompa, y señalándoles, le dijo : « *Yo te daré todo eso y toda la gloria y poder de esos imperios, porque todos me pertenecen, y yo les doy á quien quiero. Adórame, y serán tuyos.* » Jesús,



Lámina 28.—Bautismo de Jesucristo en el Jordán.—Fresco de Andrea del Sarto, que se conserva en el antiguo claustro del Scalzo, de Florencia, y data del siglo XVI.

con gran energía, le contestó : « *Retírate de ahí, porque escrito está : Á tu Señor Dios adorarás y á Él solo servirás.* »

Satanás, después de ensayadas todas estas tentaciones vanamente, se retiró, y al momento los ángeles se acercaron á Jesús y le adoraron (véase lámina 29).

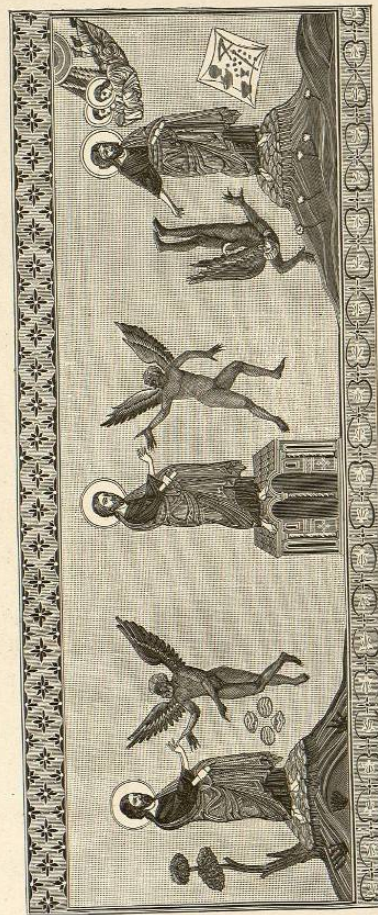


Lámina 29.—Las tres Tentaciones de Jesucristo. Los ángeles se acercan en seguida á Jesús para servirle.—Mosaico de la catedral de Montreal, en Sicilia, y data del siglo VII.

Mientras todo esto acontecía, la reputación de Juan excitaba el odio de los escribas y fariseos, y le enviaron comisionados de confianza, encargados de averiguar de él mismo quién era, esperando sin duda encontrar en su respuesta motivos para perseguirle. Juan declaró sencillamente á los comisionados que no era el Cristo. Ellos le preguntaron si él era Elías ó algún otro Profeta, y él respondía que no. Entonces, pues, le dijeron: «¿Quién eres ó qué dices de ti mismo?» Y él respondió de la misma manera que anteriormente lo había hecho: «*Soy la voz de quien habla Isaías, que clama en el desierto: Preparad el camino recto al Señor.*»—«Si, pues, tú no eres ni el Cristo, ni Elías, ni un Profeta, ¿por qué, pues, administras el bautismo?» Y Juan nuevamente respondió: «*Yo doy el bautismo de agua, pero hay entre vosotros un hombre que vosotros no conocéis, y precisamente Él es el que vendrá después de mí, y yo no soy digno de desatarle su calzado.*»

Los comisionados no preguntaron más, y Juan también se calló. Mas al día siguiente, viendo á Jesús que pasaba, exclamó: «*Hé aquí el Cordero de Dios. Él es el que borra los pecados del mundo; de Él es de quien yo he dicho que viene después de mí un hombre que existía antes que yo, porque es más antiguo que yo; y si bien yo no le conocía, vine, sin embargo, á bautizar en el agua para que Él fuese conocido en Israel. Yo he visto al Espíritu Santo bajar del cielo bajo la figura de una paloma y detenerse sobre Él;*

*yo no le conocía, pero Aquel que me ha enviado para dar un bautismo de agua me dijo: Aquel sobre quien veas que el Espíritu Santo baja y se detiene es El que bautiza en el Espíritu Santo. Yo he visto todo eso, y, por consiguiente, doy testimonio de que Él es el Hijo de Dios.*»

Un día después, estando Juan con dos de sus discípulos, vió nuevamente pasar á Jesús y repitió estas palabras: «*Este es el Cordero de Dios.*» Al momento los dos discípulos de Juan siguieron á Jesús, que se alejaba de allí; y al observar que le seguían, se volvió á ellos y les dijo: «¿*Qué buscáis vosotros?*»—«Señor, le contestaron, ¿dónde os hospedáis?» Y Jesús les dijo: «*Venid y vedlo.*» Y vinieron y permanecieron con él. El uno de esos discípulos era Juan, hijo del Zebedeo, y el otro Andrés, hermano de Simón. Á éste le dijo Andrés: «*Hemos encontrado al Mesías,*» y condujo á Simón, su hermano, delante de Jesús. Luégo que Jesús echó una mirada sobre Simón, le dijo: «*Tú eres Simón, hijo de Jonás; tú serás llamado Cefas, que quiere decir piedra.*»

Tal es el prólogo del Evangelio, tan grande en humildad como incomparable por su magnificencia. Dios no podía entregarse de una manera más humilde al hombre, ni dar más gloria á Dios.

Según observa un Padre de la Iglesia, el hombre se haría criminal atribuyéndose á sí mismo lo divino; pues Dios sabe ha-

cer cosas humildes sin lastimar la dignidad de su naturaleza. Si un rey se afana y se coloca en el puesto de un soldado por la salud de todos los de su reino, su obra será siempre obra de rey; y así las cosas pequeñas y humildes que salvan el mundo son siempre obras de Dios.

Había en Roma un dios del mundo y formado según el espíritu del mundo, y su nombre era Augusto; tenía templos y sacerdotes; dejaba reinar á Herodes, de quien tenía un perfecto conocimiento, y preparaba el advenimiento de Tiberio, sobre quien él tenía juicios formados. La historia va á llenarse de nombres horribles. Las Mesalinas, las Herodiades, las Drusilas, las Agripinas y las Popeas son las que rodean estos dioses de la tierra, y tienen por ministros los Narcisos y Sejanos.

La corte de Dios, por el contrario, se compone de personajes más elegidos y humildes; algunos de ellos, tales como Zacarías é Isabel, Simeón y Ana, parecían haber sido preservados de la corrupción general para proclamar su entrada en la nueva vida y para aumentar el número de sus descendientes; y aún pudiera decirse que para crear de nuevo una ilustre raza que estaba ya extinguida. Esta es la gran obra, digna sólo de Dios. Antes de aparecerse á la luz del día, y cuando aún estaba encerrado en el seno de María, Jesús santificó á Juan en las entrañas de su madre; palabras inmortales le saludaron, y entre los santos de la antigua y nueva Ley, que igualmente son santos, mediaron diálogos sublimes y divinos, y su nuevo reino brilla

con hermosos vaticinios, que son el solemne cumplimiento de las profecías de los tiempos antiguos. La cadena de amor se reanuda entre el cielo y la tierra; Belén ha vuelto á abrir la puerta del Paraíso; cánticos celestiales anuncian el perdón de la culpa que hubo en él; los milagros se multiplican; la naturale-



Lámina 30.—María, Madre de Jesucristo, Reina de los Patriarcas: Moisés, Noé con la paloma del Arca, y Abraham.—Fresco de Orsel, en la iglesia de Nuestra Señora de Loreto, en París, y data de este siglo.

za, divinamente influída, produce inauditas maravillas; todo es vida, resurrección, misericordia; todas las figuras se convierten en realidades, y todas estas realidades inmortales son á la vez otros tantos tipos y símbolos de la humanidad enaltecida y otros tantos faros luminosos para guiarla hacia el reino de Dios.

De conformidad con los Padres de la Iglesia, leamos el

Evangelio de un modo muy diferente que aquellos que le registran preguntando como los judíos preguntaron al Precursor y preguntaron más tarde á Jesús, únicamente con la voluntad pésimá de encontrar en su respuesta motivos para condenarles á muerte. Jesús, á quien ellos han matado, no está muerto, y á ellos les matará el Evangelio, del que blasfeman. Dejémosles realizar este prodigio incomprensible de encontrar su muerte en la misma fuente de la vida, y en tanto nosotros aprovechémonos de lo que se nos ha prometido y manifestado, y alejándonos de la muerte, busquemos en ello nuestra vida y nuestra felicidad.

ZACARÍAS, ISABEL, MARÍA, JUAN, JOSÉ, HERODES

San Lucas, muy al principio de su Evangelio, pone estas palabras, que pudieran parecer indiferentes: *En los días de Herodes, rey de Judea, y, no obstante, no lo son, porque encierran una magnífica prueba del cumplimiento de la profecía de Jacob. «Judá ha perdido su cetro guerrero y temporal; se ha llegado á los días del Príncipe de la paz, y se va á ver aparecer el Deseado de las naciones, esperado por los últimos presentimientos divinos que se conservaron en la humanidad después de su caída.»* Los ángeles principian á desempeñar embajadas cerca de los hombres. Zacarías, aunque justo, pero bajo cierto punto de vista algo desconfiado é incrédulo,

representa su nación abandonada y su culto infecundo; y mientras que su justicia y virtud son benditas y premiadas más de lo que él esperaba, su incredulidad fué castigada con el silencio. Israel no tiene ya Profetas, ni tendrá más sacerdocio hasta el día en que, renaciendo á una nueva vida por la fe, alcance un sacerdocio más elevado y verdadero, y recobre la voz para cantar alabanzas á Dios.

Zacarías es hijo de Abías y su esposa Isabel hija de Aarón, flores hermosas de la raza sacerdotal, y convenía que Juan Bautista naciese de tan esclarecida familia, para poder anunciar con más autoridad el sacerdocio de la nueva Ley. Con ese fin se unieron admirablemente las dos principales ramas de Israel, en Juan la sacerdotal, y la real en Jesús, hijo de David.

Isabel fué estéril para demostrar que Dios es soberano y señor de todo, y para que, viendo el mundo que una mujer estéril ha podido ser fecunda, merced á su sobrenatural poder, comprenda fácilmente que, interviniendo la eficacia divina, también podrá una virgen pura concebir sin detrimento de su candor. Librada ya Isabel del oprobio de su larga esterilidad, no cesaba de dar gracias á Dios. Su alegría legítima enaltecía el sagrado carácter de María, sacerdotisa sublime en quien campean todos los méritos de la virginidad, y heroína incomparable que, para permanecer virgen, está resuelta á sacrificar el más grande honor á que pudiera aspirar una mujer de Israel.

El ángel Gabriel (interpretado *Virtud de Dios*) fué en-